

AMIGOS

Por PEDRO RAÚL DOMÍNGUEZ

Un hermano puede no ser un amigo; pero un amigo siempre será un hermano.
Benjamín Franklin.

Una larga conversación...

Era yo un adolescente que daba sus primeros pasos por el mundo del amor, y admirado de la relación de un familiar con su pareja, le pregunté por el secreto de su éxito. La respuesta fue tan breve como elemental: saber escoger. Pero, ¿cómo estar seguro de no haberte equivocado?; si, como dicen, el matrimonio es una *cajita de sorpresas*, ¿no pudiera uno ser sorprendido por *cosas feas* que al principio ni se imaginan?, pregunté en ráfaga. Este familiar mío, hombre maduro, meditó unos segundos; después dijo algo que jamás he olvidado: *tu esposa, tu compañera en la vida, debe ser tu mejor amigo si fuera hombre.*

Años más tarde, mi hijo mayor estaba preocupado por los amigos; a su edad no comprendía por qué a quienes consideraba amigos podían dejar de serlo en horas o días; de la misma manera, aparecían nuevas amistades en lugares y los momentos insospechados. Quizás le dije que a su edad es difícil hablar de amigos. Es esa una relación compleja, como el amor. Lleva tiempo solidificarla, ponerla a prueba y tiene un principio y nunca un fin...

Parece que no lo entendió todo. Mi hijo se quejó, con razón, de no poder discernir quién podía y quién no ser su amigo; necesitaba de una frase breve, una especie de regla práctica para equivocarse lo menos posible. Entonces recordé a quien algunas desgarradoras experiencias no le habían quitado el don de hacer amistades y usé uno de sus preceptos: *un amigo es aquel que siempre te hace ser mejor persona.*

Sin darme cuenta, cerraba aquella conversación tenida con mi familiar en la adolescencia. El tema de la amistad y el amor regresaban por complementos desde la madurez; brindar amistad a otro, es la máxima expresión del amor humano; sea a la esposa, al esposo, a un compañero de trabajo o a un vecino, en el amigo se resume todo el afecto que somos capaces de dar y recibir. Muy bien lo dice el proverbio francés: *el amor es ciego; la amistad cierra los ojos.*

Ir haciendo amigos.



Escogemos los amigos, ellos nos escogen a nosotros o es un proceso unívoco? Menuda pregunta, porque la amistad es el proceso de *socialización* más importante del ser humano, y dentro del cual podría haber hasta el noviazgo, con frecuencia iniciado tras una breve o larga amistad.

De lo que no cabe duda es de que para que dos individuos se hagan amigos, ambos deben *conectar* en dos fases conocidas: la simpatía, *caerse bien*, y la empatía, *sentirse como el otro*. Pero aún así, los amigos cambian con los tiempos y las necesidades. Los amigos que nos sobreviven a la niñez, la adolescencia, la madurez y el envejecimiento, son tan raros que permanecen en nuestras biografías como regalos providenciales.

De por qué son tan importantes, habla el mismo desarrollo de la persona. Hasta aproximadamente los siete años, son los amigos quienes nos acompañan en la escuela, juegan y comparten en nuestros hogares; en esos días somos poco selectivos, y escogemos —¿nos escogen?— de uno y otro sexos. Alrededor de los nueve, las amistades transmiten seguridad; les somos fieles y establecemos con ellos relaciones triangulares, dos varones y una mujer, o viceversa. Cerca de los 12 años, sentimos preferencia por los compañeros del mismo sexo; nos hacen reír, divertirnos y al mismo tiempo, nos defienden del medio exterior. En la adolescencia empezamos a ser más selectivos en virtud de ideas y valores comunes; la lealtad se torna principio; la audacia al defender al amigo puede llevarnos al enfrentamiento con otros muchachos, maestros y hasta familiares.

La adolescencia es una etapa que no termina hasta casi cumplidos los 20. En ella, un amigo puede ser tan o más importante que cualquier familiar, incluyendo a los padres. ¿Las razones? Los amigos nos vinculan al mundo exterior; de ellos recibimos la mayor parte de la información —incluida la tan necesaria sobre sexualidad—; se convierten en *modelos* desde donde construimos nuestra libertad e independencia; compensan los déficits afectivos y aminoran los *complejos* que podamos tener. Tal relación ha sido llamada *socialización personalizante* porque a partir de ese vínculo terminamos de formar la personalidad.

En la temprana madurez no dejan de existir los amigos. Pero se hacen cada vez más *raros* por el motivo menos sencillo: prioridad a las carreras y las profesiones, a la relación de pareja, a los hijos, a las cosas materiales. No volvemos a sentir la necesidad apremiante de amigos, y haremos un balance bastante crítico, hasta rozar los 40. Dentro del inventario de la *edad nostalgia*, los amigos *en almacén* resultan pocos; se les extraña y vamos en su rescate más por los recuerdos que por lo que un día fueron en realidad. El único consuelo al no hallarlos pudiera ser, como dice una amiga, haber ido por esta vida haciéndonos de amigos y no de enemigos.

Amigo: una cosa diferente.

Con la amistad sucede como con el amor a la novia o el novio: no hay muchos argumentos para explicarla. Es verdad que comienza por la cercanía física —el barrio, la escuela, el trabajo—, continúa debido a intereses comunes —la música, el deporte, la profesión— y pudiera fundirse por circunstancias específicas —largos viajes, situaciones dramáticas compartidas, objetivos laborales o sociales parecidos. Pero, ¿cuántas personas reúnen esas características y no son o nunca serán nuestros amigos?

Esto quiere decir que para ser amigo, hay que dar un paso más allá de lo físico, lo psicológico, ideológico o social. ¿Cuántas veces hemos oído: fulano no podría ser mi amigo porque piensa política o religiosamente distinto a mí? Y mire usted, los *viejos*, con esa sabiduría que dan los años y los golpes, afirman lo contrario: los amigos que nos duran toda la vida son, muchas veces, individuos cuyas ideas políticas o religiosas los harían nuestros peores enemigos.

Condicionar la amistad a un credo, a una ideología, le quita el sentido primero y último a ese valor, que no la da un sistema político, una religión o una clase social. La amistad, una de las muestras supremas del amor, escapa a cualquier estanco doctrinario. Ideas en común acercan, pero no deciden amistades perdurables. Generalmente, quienes condicionan la amistad solo a las ideas compartidas, no se dan cuenta de que estas cambian con el tiempo, mientras los amigos permanecen porque están *hechos* de una naturaleza diferente: el tiempo modifica nuestra forma de pensar —y a quien no le suceda así, quizás debería preocuparse—, en tanto los años, pueden hacer más fuerte la amistad entre las personas.

De aquí, una breve reflexión sobre la importancia de los amigos para nuestra propia felicidad. Pensadores como Platón y Aristóteles la definían como *philia*, amor, lazo; Séneca, como el tesoro más grande que podía albergar el corazón de un sujeto. Comprendido entonces que la soledad, por muy *creativa* o *entregada* que parezca, no es una condición humana óptima, son los amigos quienes otorgan seguridad, confidencialidad y complicidad en los momentos críticos de la vida que, por cierto, no son pocos. Basta la presencia de un buen amigo, en cuerpo o en alma, para que las peores desgracias aligeren su carga fatídica sobre nuestros hombros.

Las relaciones basadas en intereses materiales no se avienen con la amistad. El refrán de que donde empieza el deber termina la amistad podría aplicarse también al mundo de los *negocios*. En nuestra época de relativismo y subjetividad desmedida, la palabra amigo puede ser cualquier cosa: uno que *chatea* con nosotros, quien comparte los sábados en una discoteca o el que, como buen vecino, nos avisa de lo último que llegó a la bodega.



Época, además, de búsqueda desenfadada de la fama y el poder a toda costa, los amigos no tienen buena cotización en el mercado porque no se les puede llevar cuenta; tienen siempre *crédito abierto*... y sin intereses. Su significado ha caído en abuso por excesos y faltas de profundidad. Frecuente es que, ante un problema y para hacernos importantes con los demás, digamos *no te preocupes, yo te resuelvo con un gran amigo mío que trabaja allí*. Cuando conocemos al amigo del amigo, resulta que se han visto, acaso, un par de veces.

Porque tener *un millón de amigos* ofrece una imagen de realización social. Es habitual oírlo entre artistas, escritores y periodistas. Entrevistan a un personaje en la televisión o en una librería venden un libro suyo, y quien nos acompaña, con ínfulas de famoso, dice *ese tipo es mi amigo*. En ocasiones llega a la osadía del diminutivo: *no, hombre, no, él se llama Juan Pérez, pero sus amigos le decimos Juanito*. Un mal día, Juan Pérez se topa con quien dice ser su amigo y el contertulio de ocasión. Y Juanito ni se acuerda de él. Entonces el del millón de amigos halla una respuesta al vuelo: *lo que pasa es que Juanito siempre ha tenido mala memoria desde niño*.

Los amigos, ¿se van?



Debemos ser amigos de nuestros hijos? La tentación primera es a responder que no sólo debemos, sino que tendríamos que ser amigos de nuestros hijos. Y aquí sí cabe la razón: la cercanía y la comunicación abierta con los niños es imprescindible si queremos ayudarlos a descubrir todo lo bueno y también lo malo que hallarán en la vida.

Pero no puedo evitarlo: la frase *más que padre o madre, soy amigo de mis hijos*, me resulta desafortunada. Los padres, como los amigos, son piezas insustituibles en la historia de los muchachos. Sin embargo, se trata de dos actores distintos por esencia y por función, y no son intercambiables. Un padre nunca debe *cerrar los ojos* ante sus hijos. Ha de tenerlos abiertos, siempre. Y lo incondicional de un padre o una madre podrá ser afectivo, más no con lo que lo dañe, para lo cual, y a determinadas edades, los amigos se prestan solos.

Otra socorrida expresión es *a mis hijos se lo cuento todo, como si fueran amigos*. Se la oímos continuamente a madres que han quedado solas porque los padres también se han divorciado de sus hijos. Puede que de esa manera, los padres solitarios esperen encontrar en sus vástagos confidentes y cómplices, en el buen sentido de la palabra. La comunicación directa y clara con los hijos no significa *contárselo todo*. Los límites psicológicos entre hijos y padres deben quedar bien establecidos; hay tiempos y espacios para unos y otros; cuando se violan espacios y tiempos, aunque sea entre padre e hijo, deben presumirse atribuciones que no corresponderán a ninguno de los dos. Las consecuencias de esas intrusiones suelen ser graves.

Tales confusiones se dan en momentos que muchos padres y abuelos son, ellos mismos, productos de hogares escindidos, sin reglas bien establecidas de cómo funciona una familia. Numerosos abuelos y padres de nuestros días no tienen conceptos claros de cómo dirigirse a una persona mayor, cómo debe un niño callarse cuando los adultos conversan, que los niños deben tener una hora para jugar, una para dormir, y ciertos *amigos* y a ciertas edades, los *escogen* sus progenitores.

Parecerá un poco *retrógrado*. No para uno de los terapeutas familiares más prestigiosos, el doctor Salvador Minuchin quien escribió: *Los niños deben saber que una familia no es una democracia*. Ahora, lo que sí le *toca* a los padres, es estar cerca de sus hijos y de sus amigos; no tan cerca que los quemem ni tan lejos que se mueran de frío. En eso consiste el dilema eterno de traerlos al mundo: son de uno para prepararlos para que un día no lo sean.

¿Debemos ser amigos de nuestras esposas (sos)? Aquí la tentación sería responder lo contrario: se trata de otro tipo de relación. Y mire, puede estar equivocado. Porque los matrimonios dejan de tenerse confidencialidad, complicidad —algunas *maldades de novios* refrescan muy bien el vínculo— y dejan de aceptar al otro sin condiciones ni intereses, los fracasos van en aumento. Si la relación matrimonial sólo se funda en intereses materiales, en credos políticos o religiosos, o en la atracción física mutua —también un tipo de *incentivo* que disminuye con el tiempo—, cuando acaban estos o entran en contradicción, el matrimonio comienza a apagarse.

Cuando la pareja ha visto pasar de todo, desde la gloria material hasta el desbordamiento de los deseos, lo único que le queda es esa relación íntima e incondicional, una especie de amistad *sui generis*: *el mejor amigo si fuera de tu mismo sexo*.

Al envejecer, las personas tienen más dolores físicos y sobre todo, del espíritu. Uno de esos dolores es haber visto a tantos familiares y amigos salir de nuestras vidas; unos porque ya nos esperan en la casa del Padre, y otros, porque quién sabe en qué camino se nos extraviaron.

Sin embargo, envejecer sería tremendamente triste si en esa película que pasa a cada rato por nuestra mente no viéramos cómo permanecen todavía ciertos amigos, aunque ellos no lo sepan jamás. Esos, a quienes dedicamos unos segundos de nostalgia, no van a ningún sitio. No podrían. Forman parte de nuestro *patrimonio personal*, de nuestra historia. A ellos les debemos haber aprendido a amar, que es, primero, haber conocido el valor que tiene un amigo.

